

Howey «Recibo todos los meses cheques de seis cifras de Amazon»

El escritor vende millones de copias de «Espejismo», que ahora se publica en España

JUAN GÓMEZ-JURADO
MADRID

Hace tan sólo dos años, Hugh Howey, un escritor primerizo e independiente, intentaba abrirse paso en el mundo de la literatura mientras trabajaba como capitán de yate, techador y técnico de sonido. Lo normal en un autor joven que busca su sitio, que colecciona cartas de rechazo de las editoriales, que golpeaba el teclado en busca de esa historia única, distinta, esa historia que lo cambiase todo.

Y de pronto escribió «Wool (Lana)», un relato corto sobre una sociedad distópica en un mundo postapocalíptico en el que el aire es veneno y los seres humanos viven confinados en un silo bajo tierra. Cien pisos de escaleras, «donde sus habitantes viven hacinados bajo normas muy estrictas desde hace siglos», donde nadie recuerda qué había antes de convertirse en ratas enjauladas por la guerra y la estupidez. «Nadie es verdaderamente libre en el silo, cada nacimiento demanda una nueva muerte», apunta Hugh Howey, que visitó Madrid para promocionar su novela con una sonrisa en el rostro y un destello de sorpresa en la mirada.

Condenado a muerte

En el breve relato, un condenado a muerte era obligado a emerger al exterior enfundado en un traje hermético que le permitiría sobrevivir unos pocos minutos antes de que los agentes tóxicos ambientales destruyesen las costuras y le ahogasen irremisiblemente. Lo único que se le entregaba al condenado era un pedazo de lana, con el que se pedía que limpiase los objetivos de las cámaras que permitían a los habitantes del silo observar el exterior. Nadie obligaba a los condenados a ejercer ese último acto de bondad y de servicio a la comunidad que le había arrebatado la vida. Y sin embargo todos los condenados emplean sus últimos minutos en limpiar las lentes con la lana. ¿Por qué ese acto de generosidad final?

Ese es el gran misterio que encierra el cuento, y que Howey no supo responder en tan pocas palabras. Así que comenzó a escribir una novela por entregas, cuyas partes iba publicando poco a poco en Amazon. «Lo hice para mantener el control sobre mi trabajo y para ir dilatando la publicación en el tiempo, lo que me permitía permanecer más tiempo visible», afirma Howey, que, como treintañero nativo de Florida que es, se toma todo, desde las preguntas al

éxito, con una calma amable y sencilla. Porque el éxito llegó.

Cuando Howey apretó el botón de «Enviar» era sólo uno más de los miles de aspirantes a estrella que cada día suben una pieza a la plataforma de autopublicación del gigante de Seattle. Pero en «Wool», que aquí en España Minotauro ha traducido como «Espejismo», había algo distinto, un componente adictivo e inmersivo que enganchó a la gente por completo. El resultado hoy son millones de copias vendidas en todo el mundo, derechos internacionales por doquier e incluso una adaptación al cine de la mano de Ridley Scott.

Una obra maestra

En opinión del que suscribe, «Espejismo» es una auténtica obra maestra que trasciende los límites del género fantástico, distópico, de ciencia ficción o donde se la quiera encasillar y se convierte en una novela imprescindible y sobrecogedora sobre la condición humana, el sentido de la vida y una acertadísima reflexión sobre nuestra sociedad actual a través de esa sociedad futura que vive en el silo. Su lenguaje es directo y a Howey no le van a dar el Nobel –ni lo pretende–, pero hay mucha verdad encerrada, como los protagonistas de «Espejismo», en ese silo maldito donde la guerra y la revolución planean sobre una historia de amor que actualiza la leyenda de Romeo y Julieta. Pero no es sólo por su éxito o por lo relevante de su narrativa por lo que Howey es noticia, sino porque él ha logrado la cuadratura del círculo, el vellocino de oro, el imposible para un autor autopublicado. En el momento en el que Simon and Schuster, la gran editorial norteamericana, le puso uno de sus draconianos contratos de cuarenta páginas delante para comprar «Espejismo» y distribuirlo en el circuito comercial normal,



Howey, ayer en Madrid ISABEL PERMUY

Novela por entregas
«Lo hice para mantener el control sobre mi trabajo y para ir dilatando la publicación en el tiempo»

Howey dijo que no firmaba nada si no se podía quedar él con los derechos digitales. Y contra todo pronóstico, en ese mercado donde hay siete abogados por cada línea de un contrato, Howey logró lo que quería. «Estoy recibiendo de Amazon cheques de seis cifras todos los me-

ses», afirma Howey. Es lógico que quisiese mantener el control, y además su experiencia marca el camino de un nuevo modelo más flexible en el que los contratos con las grandes casas editoriales norteamericanas dejan de llevar una vía intravenosa por la que la corporación sangra al autor sin límite durante 75 años (el término temporal usual de los acuerdos), sin permitirle al escritor gestionar por sí mismo algo que ya ha quedado demostrado que hace excepcionalmente bien. Esperemos que todo el trabajo que se le vendrá encima a Howey no le dificulte seguir escribiendo tan bien como hasta ahora.

SU DISCO NO ALCANZA EL NÚMERO UNO

El nuevo sonido de McCartney no convence en el Reino Unido

P. M. P.
MADRID

El último álbum de Paul McCartney, «New», no ha pasado de la tercera posición en la lista británica de ventas. El primer puesto lo ocupa un cantante nacido en 1990, John Newman, y su trabajo «Tribute»; y el segundo, el lanzamiento de los, estos sí, veteranos Pearl Jam y su «Lightning Bolt».

McCartney se empleó a fondo para modernizar su propuesta, de ahí el tí-

tulo escogido para el disco. Para ello fichó a tres productores: Mark Ronson, que ha trabajado con Adele y Amy Winehouse; Ethan Johns, productor de Kings of Leon; y Giles Martin, hijo del legendario productor de los Beatles, George Martin. El resultado recuerda vivamente, en algunos momentos, a su pasado en los Fab Four, pero en otros sí ofrece un sonido fresco.

De hecho, las críticas han recibido bastante bien al álbum, pero puede que persista la imagen en exceso edulcora-

da del cantante, en contraposición con la más agresiva y atractiva de Lennon.

Nadie puede achacar al músico no haberse esforzado, a sus 71 años, por hacer una buena promoción. Ha protagonizado dos conciertos-sorpresa, uno en Nueva York, el 10 de octubre, y el pasado viernes en Londres. Dos acciones muy mediáticas, sobre todo por el paralelismo que ofrecían con el histórico y último concierto de los Beatles en la terraza de la oficinas de Apple en la capital británica.

Para darle un empujón, ayer se publicó en Youtube un vídeo del actor Johnny Deep simplemente escuchando por sus auriculares uno de los temas de «New», «Queenie Eye».